

LA RATERIA SAGRADA



Cierto día en La Quiaca ví entrar a un indio en un restaurant. Apenas hubo abierto la puerta, la dueña, una chola acomodada lo detiene con un gesto agrio. El indio le muestra unas monedas, pero la chola toma un papel de diario, coloca en él unas papas, algunos fideos y un pan, se lo entrega y lo echa. El indio, por supuesto, salió, se sentó en la vereda y se dispuso a comer.

Ahora bien, no es desagradable ver comer a un indio. Suele hacerlo con una expresión dulce, todo su rostro se articula mecánicamente sin perder su rara cualidad de piedra. Y eso nos fascina porque enviamos la dignidad con que lo hace. Así vale la pena. Decimos siempre: "Se puede ser pobre pero mantener la dignidad". Creemos incluso tener algo de pobre cuando comemos, porque para no poner demasiado en evidencia el rito masticatorio, nos solemos sentar en el restaurant de espaldas a la puerta.

Pero un indio está muy lejos de esto. El no tiene vergüenza de comer ni necesita ocultarlo para mantener la dignidad. Será que su dignidad se debe a otra cosa? Seguramente, porque es sabido que el indio antiguo había sacralizado la comida y nosotros, no. El indio come algo como si se lo hubieran dado los dioses. Casi como si hubiera una trinidad sagrada: de un lado los dioses, del otro el hombre caído y, al fin, el alimento como un milagro que volvía a divinizar al hombre. Una especie de ratería sagrada, según la cual el hombre apenas debía hacer lo necesario, como remover la tierra, cuidarla, sembrar, para que los dioses obren el milagro. Comer era un milagro, pero dicho por las escrituras sagradas, una especie de contrato entre cielo y tierra, donde el caído hombre remediaba un poco gratuitamente sus subsistencia, rateando con la cosecha el fruto en sus huertas. Se le robaba a los dioses el alimento, y estos se dejaban robar, y el jefe de estado legalizaba el robo porque administraba el alimento y todos comían.

Y aquel indio de La Quiaca debió pensar lo mismo. ¿Pues que hizo? Simplemente entró en el restaurant, pidió su comida, se la consiguió y con una mirada dulce se la comió. Lo malo es que se equivocó de época. Eso se podía hacer antes de la conquista española. Ahora ya no. Por qué? Pues porque ahora ya no existe la ratería sagrada, sino que hoy calificamos eso, sin más, como ratería a secas. En el lapso que va de la cultura incaica hasta ahora, medió la sustitución de la ratería sagrada por una ratería profana. Por eso hoy no robamos más. Y qué hacemos?

Las cosas han cambiado mucho. Hoy entramos en un restaurant y ahí se nos entrega el menú y podemos elegir libremente el plato que nos plazca. Y para ello no es necesario ni ritos, ni fe en dioses, ni creencias absurdas. Es más. El indio necesitaba identificar su humanidad con el maíz y no sería difícil que sólo comiera a éste. Nosotros podemos sin más elegir nueve platos a cual más succulento. Y todo eso a cambio de un simple dinero que, claro está, debemos dejar. Si no hiciéramos así y no pagáramos la consumición caeríamos en una vulgar ratería y ni siquiera sagrada, sino terriblemente profana.

Además la ratería sagrada suponía que uno tenía que rendir pleitesía al inca y a los dioses por la comida. Hoy es al revés. El mozo se acerca solícito y espera respetuosamente a nuestro lado y hasta nos aconseja sobre el plato a pedir. Hoy evidentemente es el mozo el que nos rinde pleitesía a nosotros. De modo que también en esto hemos ganado. Evidentemente, la ratería sagrada del indio fue sustituida por algo mucho más flexible, algo así como la libertad del menú.

Claro que a veces se nos coarta un poco la libertad de elegir lo que querramos por no contar en esos momentos con las monedas necesarias. En ese caso lo remediamos sin más porque elegimos simplemente aquellos platos que cumplan con el estómago y con el bolsillo.

Pero será que hoy en día también tenemos problemas con el alimento igual que el indio? No será para tanto. Por lo menos no es necesario comprometer toda una religión para usufructuar esa libertad del menú. Apenas si en Buenos Aires usamos algunas expresiones que hacen notar alguna urgencia. Cuando pedimos un aumento hacemos notar que "tengo que dar de comer a mis hijos". O hablamos a veces de "pucherear" o de "dar de comer a la familia". En algunos casos extremos solemos salir con cierta desazón a la calle para "conseguir o rascar unos pesos" como solemos decir. Claro que eso no excluye que también agreguemos aquello de "no me llamo unos pesos". Sin embargo insistimos en "rascarlos", como si uno los raspara de las paredes, casi como si la piedra generara ese utensillo que es el dinero.

Pero los mayas, como dice el Popol Vuh, no iban a rascar unos pesos de las piedras. Ellos sin más identificaban el hombre con el maíz. Para ello era preciso que los dioses crearan antes cuatro humanidades: una de barro, otra de madera y dos más. Y antes de crear la quinta fue necesario que los héroes gemelos bajaran al infierno. ¿Para qué? Pues para adquirir sabiduría. Y recién después, se crea la quinta humanidad, la que se identifica con su alimento, la de los hombres de maíz. Y, ¿por qué? También lo dicen. El hombre sólo se reune con el maíz cuando supiera hablar con los dioses. Y eso qué significa? Pues simplemente que para comer debía adquirirse antes la sabiduría. Sólo así cada uno se topaba con el alimento.

Y nosotros cómo hacemos? Pues el buen porteno, aparte de ser laborioso, prefiere hablar en rueda de amigos de "guiye" como una especie de clave para explotar una "paponia" o sea algo que rinda mucho. Y más aún, el guiye para una paponia, se tiene cuando se es vivo.

Quiere decir que también en Buenos Aires algo se necesita para conseguir el alimento. Entre los mayas era la sabiduría y el diálogo con los dioses, y entre nosotros la viveza para pescar el guiye de alguna paponia. Qué raro margen de caída hay en todo esto. Algo debe haber fallado. Lo que entre los mayas era abierto y franco, entre nosotros es lunfardo y subversivo. Es más. Se diría que la viveza sustituyó la sabiduría y apela en el fondo a un rebusque. Y qué es rebusque sino una forma de ratería. Cómo la del indio? Puede ser. En todo caso no será sagrada. Realmente se diría que en el fondo de nuestro quehacer ciudadano en este siglo XX todavía flota la apelación a una ratería sagrada.

Víctor Hugo escribe "Los miserables" a principios del siglo pasado. El personaje principal roba un pan y es condenado. Se escapa y vuelve

a robar los candelabros de plata a un sacerdote. Es sorprendido y perdonado por éste. Luego aparece súbitamente como importante industrial incorporado plenamente a las exigencias del siglo XIX. Es magnánimo, emprendedor, compasivo y rico. Y el inspector, rígido y moral, que lo persigue a través de toda la acción de la novela, termina por suicidarse en el Sena. La novela parece inmoral. Pero sólo del punto de vista del siglo XIX. No es moral que un ratero se convierta en industrial. Pero, no habrá en el fondo de la novela una rara y natural apelación a la ratería sagrada como la del indio maya o quichua? Por qué nos asombramos? Diremos más, no habrá en el fondo de nuestro siglo XX también una apelación a la misma ratería sagrada?

Pero habíamos dicho que pudimos lograr al fin la libertad de sentarnos en un restaurante y poder elegir libremente el menú. Pero es que en nuestro siglo se superponen dos criterios, por un lado la ratería sagrada, por el otro la libertad del menú. Por un lado asumimos la libertad eligiendo parsimoniosamente un plato mientras el mozo nos trata de caballero, y nos sentimos ser alguien, y por el otro estuvimos todo el día detrás de alguna paponia, rebuscando en las calles la posibilidad de ser libres. Es la consecuencia quizá de haber perdido el sentido sagrado de la ratería. Y no es para menos. En esto del alimento nos han sustituido los dioses por los hombres. Y a los hombres no se los convence, a los dioses sí. Y como nos quedamos con el puro alimento delante, sin nada sagrado que lo dignifique, nos sentamos de espaldas a la puerta del restaurante. No nos queda otro remedio. Ah, si alguna vez entrara por esa puerta alguien que nos volviera a contar la leyenda de las cuatro edades y la del descenso de los héroes divinos al infierno, sólo para explicarnos cuál es realmente el guije del alimento, entonces sí nos sentiríamos gozosos junto al ventanal, para que nos viera todo el mundo, porque el alimento habría vuelto a ser sagrado.

Recuerdo la mirada del indio aquel, allá en La Quiaca. Se hundía en la lejanía mientras comía las dos papas y el montoncito de fideos. ¿Qué miraría? Será algún dios que le había dado esa miseria, por intermedio de la dueña del restaurante? Si fuera así lo envidiamos. El sobrelleva aún la fe en la ratería sagrada aunque sólo sean dos papas, entregadas de mala manera. Realmente no lo vamos a compadecer. Porque, ¿quién es más pobre de los dos? El con su ratería sagrada o nosotros con nuestra libertad del menú. He aquí una lección de América.

Rodolfo Kusch



EL SILENCIO DORMIDO

El flujo de la mar
va y viene; viene y va...
Lame las rocas;
besa la arena
y yo estoy allí
vuelta de años
admirando su color;
su luz; su fuerza;
su arrogancia, igual...
...Como cuando era niña!

El rumor de las olas
acaricia mi sangre
besa y exalta mis sentidos...
Las manos de su espuma
me envuelve toda!
Su inmensa boca de agua
me absorbe en besos
y su olor, me marea;
me desmaya y posee...

¿Por qué te amo así
mar inconstante,
infiel; viajero loco?
Por qué te amo así,
desde antes del mundo
apretada en azahares;
reventando primavera
y hoy, que otra vez
te siento; te bebo;
te huelo, sentada
en tu cansada playa,
salta mi corazón
como cuando era verde
y olía a menta fresca...

Amo lo que amé
EN SILENCIO DORMIDO
y, estoy enamorada
de quién me enamoré!
Sentada en tu playa
bravío mar eterno,
me aturdes y me inquietas;
me tomas; me aprisionas;
me deslumbras y asombras
porque tu eterno canto;
porque tus grandes manos
no halló calma en el tiempo...
No se esfumó en la nada...

Y siento, siento tanto
como todo lo eterno
que te viví sintiendo:
"En el tiempo del azahar;
en el tiempo de la menta;
y en el tiempo de hoy,
HECHA DE VIDA SIN CUENTA...!

Elena E. Ventura

Nueva Información

Año 1 - No. 4
Reg. Prop. Intel. Nº 997.701
Viamonte 2843 - 3º, 10
Capital
Tel. 86-5357

Director
Juan Carlos Licastro

Secretaria de Dirección
Beatriz Abaroa

Jefe de Redacción
Omar Raggioni

Secretario de Redacción
Lucio Morales

Redacción: Armando Guastiglia, Félix
Sandival, Mabel Herrera, Carlos Díaz

Jefe de Fotografía
Alfredo Rodríguez
Fotógrafos
José Luis Argañaraz
Carlos Argañaraz

Aesor Legal
Dr. Arnaldo L. Tunik

Lavalle 1459, 6º Piso Of. 109
Tel. 46-2670

Relaciones Públicas
Ana María Machado

Promoción y Publicidad
Roberto Izarraga

Cine-Teatro
Horacio Lavecchia

Departamento de Arte
Mario Zampini

Departamento de Ciencia

B. Steiner
Talleres Gráficos
Roberto Neira
Pedro Benedit

Distribuidor en Capital
Alejandro Lasala
Avda. Córdoba 5349
Tel. 773-0302

Precio del ejemplar \$ 100
Número atrasado \$ 150

EXTERIOR

En Uruguay 80 pesos oro
En Puerto Rico 30 ctvos. dolar
En España 25 pesetas

Distribuidor
RAL Soc. Resp. Lt.